

OSCAR AGUIRRE | CARLOS DE ELÍA



# Abusado por Grassi

*La hora de romper el silencio*

OSCAR AGUIRRE  
CON CARLOS DE ELÍA

# Abusado por Grassi

*La hora de romper el silencio*

 Planeta

# Prólogo

POR CARLOS DE ELÍA

El 23 de octubre de 2002 a las once de la noche empezó la emisión del programa de investigación con más rating en la historia de la televisión argentina. Casi cuatro millones de personas —38,7 puntos de rating, con un pico de 40,4— en Capital y Gran Buenos Aires se sentaron frente a la tele esperando ver el trabajo de *Telenoche Investiga*.

Hasta ese día, hasta esa emisión, los avances que anunciaban el tema del programa solían aparecer en la pantalla de Canal 13 desde por lo menos cuatro o cinco días antes. Pero en aquella emisión salieron al aire apenas veinticuatro horas antes, y por primera y única vez cambiamos otra de las tradiciones del programa: los temas investigados en cada capítulo se anticipaban con una promoción incógnita que recién se develaba al inicio del programa. Tampoco usamos cámara oculta, recurso estrella habitual de *Telenoche Investiga*, que solía corroborar lo que el imaginario popular entendía por corrupción. Sabíamos que el abuso de menores por parte del cura más famoso del país era un tema de altísimo impacto por la popularidad de Julio César Grassi, y más allá de que coincidimos en el tiempo y de casualidad

con la investigación de *The Boston Globe* sobre curas pedófilos, no queríamos quedar como especuladores por un punto más de rating o como promotores de una campaña contra la Iglesia.

Sin imaginar que después de la publicación esas serían las acusaciones más banales, titulé la investigación de manera muy directa: «Yo, Grassi (la investigación que más duele)». La frase entre paréntesis reflejaba el *shock* que nos había provocado el hallazgo, el mismo que más tarde sufriría la audiencia. El trabajo que había encabezado Miriam Lewin con la productora Irene Bais fue presentado por los conductores históricos de *Telenoche Investiga*: María Laura Santillán y Juan Miceli.

Era el ciclo periodístico de mayor impacto y credibilidad de aquellos días. Con rigurosos trabajos y con mucho uso de la cámara oculta, cada programa que se emitía era tapa obligada de todos los diarios del día siguiente y tema de las incipientes webs, de radios y hasta de los otros canales de televisión.

El cura más mediático de la época —no superado hasta hoy— se había instalado como el más bueno de los buenos y había anudado una alianza con el poder, con empresarios, periodistas, figuras televisivas y obviamente con sectores de la Iglesia.

Grassi se hizo conocido cuando Carlos Menem —a través del superministro de economía Domingo Cavallo— le donó 65 hectáreas para que la Fundación Felices los Niños tuviera un predio de dimensiones récord, con el objetivo de atender a los chicos desposeídos y caídos del sistema. Luego le donaron dinero. Cuando Grassi fue denunciado, la Fundación Felices los Niños recibía del Estado 1 800 000 dólares

anuales. El pico de popularidad de Grassi llegó cuando se enfrentó a Susana Giménez por dinero. En ese entonces el programa *Hola Susana* recibía llamados del público para concursos a través de líneas telefónicas que cobraban las llamadas: las primeras 0600. La ley exigía que un porcentaje de lo recaudado debía ir a una entidad benéfica. El programa de Susana puso como beneficiaria a la fundación de Grassi, quien a poco de recibir 400 000 dólares/pesos empezó a reclamar más dinero públicamente y a denunciar a la empresa Hard Communication, propiedad del novio de Susana, Jorge «Corcho» Rodríguez, y del exmontonero Rodolfo Galimberti. El conflicto estuvo en todos los medios y en *Telenoche* el cura aparecía casi a diario defendiendo su posición. Susana terminó sentando a Grassi en su living, donde le reprochó querer construir un Sheraton para los chicos. Arreglo mediante, la Justicia terminó sobreseyendo al trío Susana-Corcho-Galimberti, y Grassi terminó recolectando 1 400 000 dólares/pesos más para la fundación.

El juez de Morón Alfredo Meade sorprendió a todos los que hacíamos *Telenoche Investiga* librando una orden de detención de Grassi —que tardó en cumplirse— horas antes de la emisión del programa que presentaba la investigación. La orden del juez respondía a la denuncia hecha por «Gabriel» —usamos ese nombre para proteger su identidad— por abuso y corrupción de menores. El cura más bueno, el mediático, el protector de los chicos desamparados, el creador de la Fundación Felices los Niños, estaba acusado de atacar sexualmente al menos a uno de los chicos a los que debía proteger.

La conmoción y el impacto fueron dejando expuesta y al aire una cadena de protección y vínculos donde aparecían

nombres que no dejaban de *shockearnos*. Arrancando por su amigo el conductor televisivo Raúl Portal y pasando por Carlos Menem y Domingo Cavallo —que cuando donaron los terrenos y entregaron subsidios se mostraron con él—, hasta llegar al empresario Alfredo Yabrán, que habría sido donante de la fundación y cuyo jefe de custodia —que asesinó al fotógrafo José Luis Cabezas— fue defendido por Jorge Sandro, abogado de Grassi. Luis Moreno Ocampo —exfiscal adjunto que alcanzó la gloria en el Juicio a las Juntas a la sombra de Julio César Strassera y exabogado de Cavallo— se sumó para sorpresa de muchos a la defensa del cura. Pero no se limitó a eso: su presencia en canales de TV se concentraba en el ataque a las víctimas de Grassi, comenzando así una debacle pública que terminó con cuentas en paraísos fiscales expuestas por los «Panamá Papers», la cesación de su asesoría en la OEA y la caída en la reelección por el puesto de fiscal jefe en la Corte Penal Internacional de La Haya. Seguían en esa fila los periodistas Mariano Grondona, Mauro Viale —que tuvo a Grassi en su programa en el momento que la policía lo buscaba para capturarlo y que permitió su fuga— y Julio Ramos, el dueño del diario *Ámbito Financiero*, que escribía todos los días denostando a las víctimas y exponiendo los nombres de los denunciantes que la Justicia había protegido. Ramos, además de donar dinero, solía mandar a sus hijos a la fundación para que conocieran la realidad de los que menos tenían.

En general, la defensa a Grassi fue ciega y salvaje, originada en algunos casos en la buena fe, en otros en el miedo a quedar asociados a un cura pedófilo y en algún otro caso en intereses económicos. Tampoco faltaron empresarios y

periodistas que ofrecían pantalla a Grassi por motivos muy diferentes: por aquellos días de espanto social, la presencia de Grassi en un programa generaba rating, probablemente porque la sociedad en *shock* esperaba de él una respuesta que lo alejara del horror que se había revelado.

Con el paso de los días y los años, la lista de nombres de figuras relevantes, que incluía a buena parte del círculo rojo de aquellos días, se iba ampliando. Monseñor Justo Laguna, obispo de Morón, habitué del programa de Grondona y jefe natural de Grassi, mostraba un comportamiento contradictorio con el caso. Monseñor Jorge Bergoglio a medida que llegaba a la cima de la Iglesia apoyaba a Grassi desde las sombras y con miles de dólares para operar en la Justicia, aunque en público esquivaba el tema. Al dirigente piquetero Luis D'Elía, Grassi lo acusó de «querer quedarse con sus terrenos en un contubernio con el Grupo Clarín». Apareció también Estela de Carlotto, que animó al Comité Argentino de Seguimiento de la Convención por los Derechos del Niño para que participara de la causa defendiendo a los chicos con los abogados Juan Pablo Gallego y Jorge Calcagno. Más tarde fue el turno de Eduardo Valdés, también defensor de «Gabriel». Otro de los abogados de Grassi fue el mediático Miguel Ángel Pierri, quien terminó preso más de un mes acusado de prevaricato y de presionar a una de las víctimas.

La lista, casi interminable, se extendía gracias al propio cura. Grassi, en su derrotero mediático, seguía inventando teorías conspirativas que lo ponían siempre en el lugar de víctima de confabulaciones de toda clase. Así como arrancó con Luis D'Elía, después pasó por Héctor Magnetto y el Grupo Clarín: «Quieren hacer un negocio inmobiliario con

los terrenos de la fundación», repetía. Luego, Raúl Portal dijo que la investigación había sido fogoneada por Corcho Rodríguez y Galimberti para vengarse de Grassi, y que se la habían dictado palabra por palabra a Miriam Lewin, que había sido montonera, lo único cierto de la teoría. De ahí, sus defensores —con Moreno Ocampo a la cabeza— pasaron a afirmar que «Gabriel» había extorsionado al cura con denunciarlo por el abuso si no le daba dinero. Fue sin duda una de las acusaciones más bajas, además de casi risible: ¿quién extorsionaría a alguien con una mentira? Era más una confesión del accionar de Grassi que de la víctima. Los últimos argumentos se limitaron a la idea de que simplemente Lewin y la productora Irene Bais habían «comprado pescado podrido».

Recién en junio de 2009, casi siete años después de la denuncia, Grassi fue condenado a quince años de prisión por dos hechos de abuso sexual y corrupción agravada —por ser el adulto responsable— de menores en perjuicio de «Gabriel». Los únicos casos que aceptó la Justicia fueron, justamente, los sufridos por «Gabriel».

En septiembre de 2013, después de tres instancias judiciales previas, la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires confirmó la condena de Grassi. El cura mediático fue finalmente detenido y trasladado al penal de Campana. En ese momento, el obispado afirmó que se preparaba la apertura de un juicio canónico que al día de hoy se espera que comience.

La condena por abuso y corrupción de menores fue seguida por dos causas más. La primera por malversación de fondos de la fundación: Grassi pagaba el alquiler de una casaquinta ubicada frente al predio —donde se recluía a veces

con chicos— con fondos de la propia fundación. Sumó con esa causa dos años a su condena por abuso y corrupción. La otra causa surgió de otro ciclo que hacíamos en Canal 13, el programa *PPT* de Jorge Lanata: allí se mostró en 2014 cómo se trasladaban en camiones, desde la fundación hasta el penal de Campana, las donaciones que habían llegado destinadas a los chicos y que terminaban como prebendas del cura para con el personal del penal. Eso, probablemente, le iba a permitir tener una habitación para él solo, unaseudicina con televisor, además de otros favores en la cárcel.

Aquella noche del 23 de octubre de 2002 no tuvo un final corriente para la investigación que salió al aire. Para muchos de los integrantes del equipo de *Telenoche Investiga*, de los demás noticieros de Canal 13 y de Todo Noticias, fue el principio de una nueva era, en la que nos encontramos perdiendo el último vestigio de ingenuidad que nos quedaba y aprendiendo de manera acelerada y traumática a lidiar con una realidad que no sabíamos ni que existía.

Tres días después de la investigación me encontré rescatando a una de las víctimas de Grassi del hotel en el que estaba alojado para evitar el acoso de las cámaras de Canal 9, que quería a toda costa mostrar su cara —protegida por ley—, y de los adláteres de Grassi, que empezaron una verdadera cacería de denunciantes. Gabriel tuvo que salir del garaje del apart hotel de la avenida Corrientes acostado en el piso de mi auto por el pánico que tenía.

Los cosas que comentábamos entre los periodistas del equipo de *Telenoche Investiga* por celular luego aparecían en boca del cura o de otros periodistas. Aprendimos, como en las películas, que el espejo retrovisor del auto también es para saber si te siguen. Conocí la existencia del sistema de

testigos protegidos y gestionamos el resguardo de Gabriel porque no sabíamos dónde podría estar seguro. Comprendí que el programa de protección no era infalible cuando en nombre de Grassi —mencionado por los delincuentes— le dejaron colgando de un hilo de piel la primera falange de un dedo de la mano. Y un día me encontré siguiendo a un auto con policías de civil para encontrarme en algún lugar incierto de la provincia de Buenos Aires con «Gabriel».

Me di cuenta de que hasta 2013, cuando Grassi fue preso a Campana, «Gabriel» había pasado muchos más días aislado y solo en el sistema de protección que su victimario.

Supe que si Grassi decía que Bergoglio era su confesor, ese no era un dato menor. Me costó creer que en 2010 —después de la primera condena— el arzobispo de Buenos Aires y después papa hubiera pagado 300 000 dólares al jurista Marcelo Sancinetti para que hiciera un dictamen escrito en cuatro tomos tamaño guía telefónica con encuadernación de lujo en los que se afirmaba tajantemente que Grassi era víctima de una conspiración y, por supuesto, inocente. Pero más todavía me costó creer que hubiera mandado a repartir esos tomos —que tuve en mis manos— a los funcionarios judiciales y jueces en los que podía llegar a caer esa apelación, Corte Suprema de Justicia de la Nación incluida.

Descubrí que para algunas personas que había conocido, el prestigio personal puede valer mucho más que la verdad, incluso siendo periodistas.

Pero descubrí también que muchos periodistas y abogados eran capaces de arriesgar el prestigio buscando la verdad.

Entendí que de los 6 200 chicos que Grassi decía atender y cuidar, en realidad eran treinta o sesenta según las épocas,

y que a esa cifra se llegaba si se contaban los alumnos de las escuelas provinciales que estaban dentro del predio y que solo recibían de la fundación el desayuno.

Recordé que los curitas generosos y sencillos que había conocido hasta ese momento no tenían dos vehículos y chofer a disposición ni andaban con dos celulares en los bolsillos.

A «Gabriel» lo conocí muy pocos días antes de la emisión de *Telenoche Investiga*. Me lo presentó Federico Cervo —productor ejecutivo del programa— a instancias de Miriam Lewin. Bajito, muy rubio, tímido y temeroso, le agradecí su valentía por denunciar a Grassi en la Justicia y me despedí de él pensando que no volvería a verlo.

Pero a partir del programa y de todo lo que se generó, asumí de alguna manera una responsabilidad sobre él. Por aquellos días lo visité donde estaba aislado por el sistema de protección y luego nos vimos varias veces por año y mantuvimos contacto telefónico.

Nunca pidió nada a cambio —como dijeron el cura y algunos de sus defensores— que no fuera información sobre la causa. Nos juntábamos para que le contara qué decían los medios de él y cómo avanzaba esa causa que tuve que seguir de cerca durante tantos años.

Fue perseguido, amenazado y hasta un abogado de renombre intentó que cambiara su testimonio a cambio de dinero. Nunca la jerarquía de la Iglesia católica se preocupó por él. Nunca el papa Francisco respondió la carta que le envió.

Oculto su cara y a veces su nombre porque no quiere que lo vinculen ni con Grassi ni con el abuso. Pero no se esconde de la verdad: declaró en el juicio ante la mirada de Grassi, sus defensores y parte de su escudo mediático.

Su testimonio fue el que llevó a la cárcel a Grassi.

Fue el único denunciante al que no pudieron quebrar.

Fue aprendiendo oficios y vive de su trabajo de pintor, haciendo también tareas de albañilería y de plomería. No tiene familia. Estuvo en pareja con una chica y conserva el vínculo con la hija de ella. Sigue viendo a su madrina, a quien conoció estando en la fundación. Sigue siendo amigo de Paula Bernini, a quien conoció cuando ella era productora de *Telenoche Investiga*.

Durante varios meses nos sentamos a grabar su historia. La historia de un chico que, abandonado a los seis años por su madre, terminó en la calle y pasó la infancia y preadolescencia de hogar en hogar, hasta terminar huyendo de la Fundación Felices los Niños después de haber sido abusado.

De deambular por los andenes de Constitución y fugarse de hogares a denunciar al cura más popular del país. De entregar estampitas en el subte a cambio de monedas a transformarse en el botín mediático más perseguido. De dormir en el asiento del fondo de colectivos de la línea 60 para evitar los abusos en Constitución a convivir con policías en casas que ni siquiera sabía dónde estaban, con el único objetivo de evitar los ataques de los que lo querían arrepentido o muerto.

Contra toda lógica, como el pequeño pastor David contra el gigante Goliat, la caída del megalómano perverso de Grassi tuvo lugar gracias a él.

Lo que sigue no es la vida de «Gabriel». Es la de Oscar Aguirre, cuyo nombre hoy se puede escribir.

